

que no se servian sino para desdicha de la humanidad. Muchos perecieron allende el mar, y gran número de otros se vieron en la necesidad de enagenar sus dominios para subvenir á los gastos de varias empresas, en las cuales se empeñaban; hubo algunos que tomaron la cruz mas de una vez, ya por inclinacion, ya por necesidad. 4.º Facilitaron á los soberanos los medios de restituir á su origen una parte del poder de que se habia dexado despojar la debilidad de sus predecesores, y de reunir á la corona por distintas vias los dominios de que tantos súbditos avaros y poderosos se habian apoderado en el tiempo de anarquía. Entre aquel gran número de señores feudales que pasaron al Asia durante dos siglos, unos murieron sin herederos, en cuyo caso la ley hizo la reunion; otros vendieron sus tierras á sus soberanos, que así volvieron mediante sumas moderadas á gozar sus antiguas propiedades. 5.º Proporcionaban á los moradores de las ciudades y aldeas una ocasion de hacerse libres, comprando la libertad que le vendian los señores, á fin de procurarse los fondos de que necesitaban para presentarse con esplendor en los ejércitos, porque la vanidad es de todos los siglos; y la locura de arruinarse por ostentar, no ha comenzado en nuestros dias. De este modo los pueblos adquirieron una existencia civil que hasta entónces no tenian, y los privilegios que obtuvieron en lo sucesivo, los hicieron contar entre los miembros esenciales de la sociedad. 6.º Establecieron una proporcion mas legal entre las distintas clases de ciudadanos de que se componen los cuerpos políticos. La nobleza se humilló por la disminucion de su poder y de sus riquezas, la magistratura dedicada únicamente al estudio de las leyes, para procurar su execucion, comenzó á formar una profesion distinguida, y los plebeyos ó ciudadanos, saliendo de la inercia y de la nada, entraron en la composicion de la sociedad por los derechos de ciudadanos, de que fueron puestos en posesion. 7.º Contribuyeron á dar á conocer los verdaderos principios de gobierno, que son la independencia del soberano, el respeto de las propiedades, el imperio de las leyes, la justa distribucion de los impuestos, y la imparcialidad de la justicia para con todos los ciudadanos. Las ideas del orden, y del bien público, se hicieron mas claras y comunes; procuraron útiles providencias, y facilitaron la abolicion de una multitud de abu-

sos destructivos. 8.º Extendieron los conocimientos en las ciencias y artes, por la correspondencia que establecieron entre las naciones europeas y los pueblos de Oriente, y sobre todo por los enlaces que obligaron á formar á los latinos con los griegos que habian conservado la elegancia y cultura, de que hasta entónces solo habia tenido el Occidente nociones imperfectas. No llevemos mas adelante esta numeracion. Lo que acabamos de exponer basta para convencer á todo hombre juicioso de que las cruzadas han influido favorablemente en la Europa, ya respecto del orden político, ya del moral.

Las observaciones recogidas en este artículo son el extracto imparcial de quanto se ha escrito sobre las cruzadas. Los mejores historiadores y los críticos mas ilustrados han sido nuestras guias. Analizando lo que han dicho en pro y en contra de estas expediciones que hicieron brillar tantas heroicas hazañas y tantas atrocidades, hemos procurado guardar un justo medio entre los escollos de una amarga crítica que todo lo condena, y de una preocupacion superstitiosa que nada ve reprehensible en las cosas en que se hacen entrar motivos de religion.

ARTICULO VI.

Estado del entendimiento humano respecto de las ciencias y de las letras en el siglo XIII.

El imperio de Oriente era, como hemos visto, desde mucho tiempo el teatro de la mas sangrienta catástrofe, y facciones que parecian nacer unas de otras despedazaban la capital y las ciudades. Sin embargo, en medio de estos disturbios y las públicas calamidades que de ellos se ocasionaban, en ninguna parte florecian tanto las ciencias y artes como en Constantinopla. Las cultivaban con una especie de emulacion á lo ménos en los ramos de gusto y de lujo, que tienen relacion al deleyte de los hombres ricos y voluptuosos. Los griegos eran siempre como en otro tiempo comparados con los otros pueblos la nacion mas espirituosa, mas ilustrada y mas culta del mundo. La misma elegancia y refinamiento en todas las cosas que alhagan los sentidos, y que sirven al fausto, á los placeres y á la comodidad, se habian llevado tan léjos que apenas se po-

dian adelantar. Aquel gusto voluptuoso debia hacer brillar muchas producciones frívolas, pero pocas obras sólidas. Lo que exige mucho trabajo, investigaciones penosas, muchas combinaciones y una aplicacion constante, no se dexa ver sino rara vez, al modo que los fenómenos en el órden natural entre las naciones que se limitan al estudio de lo agradable.

Era Constantinopla la ciudad mas magnífica del universo. Todas las artes habian concurrido á adornarla. Sus templos, sus palacios y demas públicos edificios eran de una extension y de una belleza de que no se hallaban modelos en otra parte. Contenia una cantidad de arcos triunfales, pórticos, plazas ricamente adornadas, fuentes, estatuas y monumentos antiguos, cuya materia y trabajo tenian igual estimacion. El centro de los palacios, habitados por los soberanos, por los grandes del estado y por los hombres de fortuna, estaban llenos de todo lo que la pintura, la escultura y las artes dependientes han producido mas raro y exquisito. Los muebles, las baxillas y jardines eran correspondientes á la suntuosidad y elegancia que en lo demas brillaba. Los edificios destinados al uso del público, como los baños, los pórticos y teatros eran otras tantas obras maestras en que los soberanos que habian hecho el gasto, y los artífices que habian dirigido la construccion, nada habian perdonado. Es dificultoso formar una justa idea de la magnificencia de las iglesias, tanto respecto de la forma y capacidad exterior, como del número y riqueza de los vasos, pinturas, columnas, ornamentos para el uso de los ministros, y otros muebles preciosos que poseían. Lo que aun se conserva de la célebre iglesia de santa Sofia, hecha mezquita por los turcos, es solo una parte de aquella ilustre Basílica, cuyas galerías, columnas y demas divisiones ocupaban un vasto terreno.

Quando los cruzados vieron la primera vez aquella soberbia capital, no pudieron dar fe á sus ojos. Todo lo que se presentaba á su vista les era tan nuevo, que no sabian como expresar su sorpresa y admiracion. Ninguna ciudad de Europa, ni Génova, ni Venecia, ni aun Roma les habia dado la idea de un semejante espectáculo. Así los autores occidentales de aquel tiempo, como Fulquo de Chartres, el monge Gautiero, Guillermo, arzobispo de Tiro, Villehardovino, Jacobo de Vitry, y otros parecen em-

barazados en hallar términos para expresar la sensacion que á su vista experimentaron sus compatriotas, y lo que piensan ellos mismos. Todavía fué mas quando los latinos se apoderaron de la ciudad imperial, y que el saqueo de los templos, palacios y casas particulares les hizo conocer por menor todo lo que encerraban mas rico y precioso en pinturas, estatuas, muebles, diamantes, estofas y diversas obras de oro y plata, tanto para el uso necesario, como para la apariencia y ostentacion. Solo hablaban de ella llenos de pasmo, y confesaban que ántes de verlo por sí mismos, nunca hubieran creído que una sola ciudad pudiese encerrar dentro de sus muros tantos objetos dignos de admiracion.

Este testimonio unánime de los escritores de la edad media prueba bien el gusto y magnificencia con que vivian los griegos, y el grado de perfeccion en que las bellas artes existian entre ellos aun en el tiempo de su decadencia. Pero no se verificaba lo mismo con las que pertenecen al ingenio, y con las que exigen mucha extension de conocimientos adquiridos con el trabajo y la meditacion. Los griegos modernos no fueron sobresalientes en el tiempo de que hablamos, como en los siglos precedentes. Toda su literatura se limitaba á algunas obras históricas, bien inferiores á las que habian producido los bellos dias de la Grecia. Habia no obstante en Constantinopla y en las demas principales ciudades del imperio algunos literatos versados en los conocimientos de la antigüedad, algunos filólogos de erudicion amena, y algunos filósofos que estudiaban los famosos sistemas de las antiguas escuelas de Atenas y Alexandria. Pero este estudio de los antiguos no les suscitaba imitadores, produciendo solo comentarios ó colecciones extractadas de que el tiempo solo nos ha transmitido la menor parte. Si lo poco que de ellas se conserva hace sentir lo que se ha perdido, no es ciertamente por el gusto, pues escribian de un modo tan pesado como falto de solidez; y sí mas bien porque contenian fragmentos preciosos de muchas obras estimables que ya no existen.

Los mogoles que habian comenzado como los demas conquistadores bárbaros é ignorantes, destruyendo los monumentos de las artes, cuyo precio no conocian, perdieron insensiblemente su ferocidad. Sus costumbres se

suavizaron quando se hallaron hartos de verter sangre y de inmolar víctimas á la ambicion que los devoraba, y de dominar solos sobre toda la tierra. Las ciencias y sus cultivadores hallaron proteccion en algunos descendientes de Gengiskan. Houlagu-Kan, su quarto sucesor, llamó á su corte filósofos y literatos, tratándolos con distincion, y proporcionándoles honoríficos establecimientos. Del mismo modo se vió á los califas y á los sultanes seljucidas entretenerse con los sabios y fundar academias, quando sus predecesores habian quemado las bibliotecas y destruido las obras maestras de las artes que hallaban á la mano. Pero este favor pasajero de algunos soberanos del Asia solo acarrió á las ciencias algunos momentos de gloria, durando demasiado poco para hacer un reyno sólido y floreciente. El total de naciones belicosas que invadieron sucesivamente el Oriente, permanecieron groseras, feroces é ignorantes, no apreciando sino el talento militar, y las artes que proveian á los conquistadores de los medios mas seguros y prontos de colmar sus designios.

Habiendo establecido las cruzadas relaciones permanentes y un comercio seguido entre los latinos, los griegos y los árabes, necesitaron aprender sus diferentes lenguas para poder tratar unos con otros. Este conocimiento que los occidentales adquirieron por necesidad en el principio, los conduxo insensiblemente al de las ciencias, artes y escritos que mas se estimaban en el Oriente. Por este medio las cruzadas con una nueva ventaja, de que no hemos hecho mencion en el artículo precedente, resultaron en beneficio de las letras, y procuraron á los europeos nuevos manantiales de luz y de instruccion. Se traxeron pues á Occidente, sobre todo despues de la toma de Constantinopla, un gran número de manuscritos griegos y árabes sobre los distintos ramos de las ciencias que habian ocupado á los sabios de aquellas dos naciones. Se traduxeron, se comentaron, y se emplearon todos los medios de comprehender su doctrina, y de hacerla entender á los que freqüentaban las escuelas públicas.

Entre estas obras transferidas á Europa tuvieron la preferencia las de Aristóteles. Su lógica era ya conocida por medio de los árabes de España, y se enseñaba en las Universidades; pero su física y metafísica no tuvieron

igual crédito. Los sabios de este siglo nada olvidaron para hacer famosas en el orbe literario las obras del filósofo griego. Se imbuyeron en sus principios, se adoptaron sus ideas, creyeron encontrar en él todos los secretos de la Divinidad, todos los misterios de la naturaleza y se persuadieron que todos los conocimientos humanos, y todas las verdades se habian manifestado á aquel grande ingenio por gracia especial del cielo.

Sin embargo, no podian los literatos escoger peor guía en la nueva carrera que querian abrirse. Continuamente se extraviaban por seguirle, despues que bebian en su dialéctica aquellas nociones abstractas é ideas sutiles, que aplicándose á todo nada declaraban, y que reducian con violencia todos los racionios á la forma thecnica, cuyo inventor era él. Aun fué mucho peor quando se erigió en oráculo de la metafísica y ciencias naturales. Canonizando en las escuelas sus opiniones, y mirándolas como otras tantas verdades de que no era lícito dudar, se metieron en un círculo de errores, en que voltearon por muchos siglos ántes de poder salir. La razon se halló como encadenada; y el entendimiento humano cautivado por las preocupaciones, que no dexaban pensar se aprendiese nada que Aristóteles no hubiese enseñado, se alejaba de la luz con el temor mismo de no dar en las tinieblas.

Si la preocupacion en que estaban respecto del filósofo griego, si la admiracion exclusiva que le habia grangeado el imperio de las escuelas, hubiera solo influido en las materias puramente filosóficas, no hubieran acarreado otro mal que el de retardar los progresos de la razon. Pero los teólogos se alistaron tambien baxo las banderas de aquel hombre divino, de que se gloriaban ser discípulos todos los que desde mas de un siglo habian adquirido nombre por las ciencias. Se trabajó pues no en conciliar su doctrina con la religion, si en acomodar ésta á su doctrina. No se guardaron límites como ántes en proponer con un ayre misterioso questões frívolas y pueriles, y examinarlas gravemente, revistiéndolas de aquel aparato científico, que les daba una falsa importancia. La curiosidad no se hallaba ya estimulada por cosas comunes y familiares. Se avergonzaron en algun modo de haber sido hasta entónces demasiado tímidos, y las sentencias del maestro (así llamaban á Aristoteles), nada tuvieron

tan arrojado que no se osase sostenerlo, tanto en la teología como en la filosofía. Por este camino la eternidad del mundo, el alma universal, el fatalismo y otras varias opiniones no ménos peligrosas y contrarias á la fe, se difundieron en las escuelas de teología, y encontraron profesores acreditados que las propusieron como dogmas. De ahí nació que la ciencia de la religion perdió su augusta simplicidad, que degeneró en lo mas esencial; se mezcló con una infinidad de principios contrarios á la fe y su language; se alejó en tal conformidad de lo que habia sido en los mejores tiempos del christianismo, que si los antiguos padres de la Iglesia entraran en las escuelas christianas de éste y los siguientes siglos, nada comprenderian de lo que en ellas se enseñaba. Veremos en el artículo de los errores suscitados en Francia y otras partes en este siglo el grande inconveniente que acarreó esta mezcla de falsas ó peligrosas cuestiones con la doctrina de la fe.

Hacia la mitad del siglo XII. se habian por casualidad descubierto en Amalfi, reyno de Nápoles, las pandectas de Justiniano. Habiendo los pisanos tomado y saqueado esta ciudad, sacaron de ella esta preciosa coleccion de leyes romanas, y de decisiones sacadas de los mas célebres jurisconsultos, á las quales habia dado fuerza de leyes la autoridad imperial. Este importante descubrimiento fué el origen de un nuevo estudio. Aunque estaba el Occidente muy lejos de tener ideas justas de los verdaderos principios de la legislacion, la razon, la equidad y la verdad que caracterizan las de los romanos, aquel pueblo nacido tanto para gobernar á los otros como para vencerlos, conmovió vivamente los entendimientos. Se dedicaron á beber en estas fuentes, y en breve hubo en las escuelas maestros nombrados para explicar el derecho romano lo mismo que las demas ciencias. Este estudio hizo luego grandes progresos, y dió la idea de recoger en un cuerpo las costumbres que regian cada pais, y de contraerlas en quanto era posible á reglas fixas, que pudiesen servir como tales en los juicios.

Las diferencias suscitadas entre los papas y los soberanos habian llamado ya los ingenios al estudio del derecho canónico; sostenidas con extremado ardor de una y otra parte, vió este siglo llevarlas á tan extraños excesos, que se conoció quanto se debia desear por el bien del estado, y

honor de la religion tener principios ciertos, por los quales se arreglasen las pretensiones, que dieron motivo á aquellas tan ruidosas guerras, que desde tanto tiempo turbaban la sociedad christiana. Se aplicaron pues á la investigacion de estos principios, de que se esperaba que el hallazgo proporcionaria en breve una paz entre el sacerdocio y el imperio. Pero no habia otros manantiales conocidos en que se pudiesen adquirir los conocimientos de las leyes eclesiásticas y del gobierno espiritual sino el decreto de Graciano, fundado únicamente en las falsas decretales, de cuya autenticidad nadie dudaba. Así el estudio que de él se hizo, lejos de guiar á los principios verdaderos y preciosos que se buscaban, solo contribuyó á fortificar las preocupaciones, que favorecian las pretensiones de los pontífices, y de suministrarles nuevos motivos de hacer mas pesado el yugo, que extendian imperiosamente sobre el cuello de los soberanos. Muchos papas de este siglo y de los siguientes debieron su elevacion á la silla, á la reputacion del talento para el derecho canónico, que se habian adquirido con su trabajo. Quando se vieron elevados á esta dignidad suprema de la Iglesia, no se sirvieron de su saber sino para dar un ayre de justicia á sus empresas, y sincerar lo que tenian de injustas, por el aparato de erudicion con que adornaban sus bulas. No se vieron papas mas imbuidos en la quimera del poder universal, fixado en el gefe de la Iglesia, que aquellos canonistas sentados en diferentes ocasiones sobre la cátedra de san Pedro. Gregorio VII. que rompió el camino que sus sucesores extendieron tanto, habia estudiado particularmente la ciencia canónica.

Las universidades, cuya madre y modelo era la de París, la mas ilustre y antigua de todas, se hicieron en este siglo mas célebres que nunca por los honoríficos privilegios que se les concedieron, y la consideracion que se hizo anexa á los grados académicos de que revestia á sus individuos. Se formaron otras en esta época. El emperador Federico II., en medio de las turbaciones de su reynado, mostró su amor á las ciencias fundando la de Viena. La de Tolosa debió su fundacion al zelo y liberalidad de san Luis; y la de Montpellier, instituida segun se dice en el siglo XII. por algunos discípulos de Averroes, se renovó con esplendor hacia fines de éste. Se enseñaban en aquellas escuelas

todas las ciencias que ejercitaban entónces la curiosidad del entendimiento humano; la filosofía y sus distintos ramos, la teología, el derecho civil y el canónico. El número de los estudiantes era prodigioso, contándose cerca de diez mil en la universidad de Bolonia hácia fin de este siglo, aunque solo se enseñaba entónces el derecho civil; y el siguiente hubo diez mil votos que tomar sobre una cuestión en que estaban divididos, aunque solo los graduados tenían el derecho de votar. Desde los principios de este siglo, el orden y la naturaleza de las pruebas por donde se pasaba á los honores académicos se habian fixado como los diferentes títulos, con los cuales se recompensaba el trabajo de los candidatos. Estas pruebas eran largas y rigurosas; el favor nada influía en ellas, y los grados á que se llegaba por esta penosa via, grangeaban á los que los habian merecido la mas alta estimacion.

La fundacion del colegio de la Sorbona, debida á los cuidados y piadosa liberalidad de Roberto, capellan y confesor de san Luis, no contribuyó poco á aumentar el lustre de las escuelas de París. Tres aldeas de un mismo nombre se disputaron el honor de haber producido aquel varon ilustre; una de Artois, otra en la diócesis de Sens, y la tercera en la de Reims, todas tres se llamaban Sorbon ó Sorbona. De esta suerte en los tiempos dichosos de la literatura griega, diez ciudades se disputaban la gloria de ser patria del divino Homero. Si Roberto de Sorbona no tuvo el sublime ingenio del cantor de Aquiles, se puede decir por lo ménos que echando los primeros cimientos de la primer escuela del mundo christiano, se adquirió derechos incontestables á la estimacion y reconocimiento de la posteridad.

La introduccion de los mendicantes en la universidad de París causó grandes turbaciones; pero reservamos la historia de estas diferencias para el siguiente siglo. En aquella época examinaremos en artículo separado la influencia de estas nuevas órdenes sobre las letras y la sociedad, poniendo á nuestros lectores en estado de juzgar con imparcialidad de los bienes y males de que han sido origen.

La poesía hace la parte mas brillante de la literatura francesa en este siglo. Los trovadores habian llegado al mas alto punto de celebridad. Les hacian la mejor acogida en las cortes de los mayores príncipes. Las galanterías, las

sátiras y los sucesos públicos del tiempo eran el asunto ordinario de sus piezas. Los caballeros, los señores, y aun los mismos soberanos, no creían faltar á su dignidad colocándose en el número de los poetas que se disputaban el premio del talento. La lengua provenzal era la comun de todos aquellos favorecidos de las musas; cuya lengua expresiva y graciosa hubiera llegado á ser la única de la Europa, si el centro de la monarquía francesa se hubiese fixado en aquellos parages en donde se habia hecho natural. Se la ve aun en la mayor parte de las xergas que se hablan en las provincias situadas al otro lado del Loira. Las célebres poesías de Tibaldo, conde de Champaña, rey de Navarra, y el famoso romance de la Rosa, empezado por Guillermo de Lorris, y continuado por Juan de Meun, son producciones de este siglo. Se puede ver en la historia literaria de los trovadores, publicada poco hace por el abate Millot, y por los manuscritos de Mr. de san Pelayo, todo lo que concierne al estado de la poesía en Francia en la época de que hablamos. Allí se encuentran, además de la noticia de los poetas provenzales, muchas anécdotas curiosas y notas interesantes sobre las costumbres, los usos y revoluciones de aquel tiempo, en que el ingenio nacional hacia esfuerzos para sacudir el yugo de la barbarie. Esta importante parte de nuestra historia literaria no podia tratarse de un modo mas agradable y ventajoso. Poseemos tambien en la obra del presidente Fauchet, sobre la poesía francesa, el extracto de 127 poetas que han escrito ántes de acabarse el siglo XIII. (a).

(a) Es muy extraño, y no se debe dexar pasar al autor original, que hablando en este siglo y artículo del estado de las letras y de las ciencias, su decadencia y aumento, olvide y omita enteramente el seminario de ciencias, tan conocido en todo el orbe literario como nuestra célebre universidad de Salamanca, que ha producido en todos tiempos hombres grandes y sabios en todo género de letras, como es constante y notorio. Cuya fundacion se debe, segun el comun sentir, al zelo y magnanimidad de nuestro inclito y glorioso rey san Fernando, y su aumento, dotacion y engrandecimiento al rey Don Alfonso X., llamado el Sabio; bien que segun opinion del P. Juan de Pineda, en el memorial por la canonizacion de san Fernando, comprobada con un M. S. antiguo que cita, parece fué su fundador el rey Don Alonso IX. de Leon, como se evidencia por las palabras de dicho M. S. que hablando de este rey dice así: *Visto que el estudio de Palencia hacia grande fruto en Castilla, acordó de hacer otras escuelas en Salamanca para su reyno, y traxo muchos maestros y doctores, y les dió rentas y situados, &c.* Mondejar, memorias históricas del rey Don Alonso el Sabio, lib. 2. cap. 35.